



Miguel Durán Campos

Empresario y ex director de la ONCE

“Me gusta tocar las estanterías llenas de libros porque es una forma de sentirlos”

No supe leer ni escribir hasta los 12 años. Me escolaricé por primera vez en colegios de la ONCE, en internados, primero en Alicante y luego en Madrid. En Azuaga (mi pueblo) asistía como mero oyente a la escuela que tenía el maestro don Victoriano, pero era por estar recogido. En una escuela rural no había maestros de apoyo que enseñasen braille ni nada de eso; la vida era muy distinta hace 50 años.

Por tanto, mis primeras lecturas las hice en la biblioteca del colegio de la ONCE en Madrid. Recuerdo obras como *La Ilíada*, *La Odisea*, novelas de Salgari o Edgar Wallace...

También leí en aquella época a escondidas, porque no eran libros que nos dejasen libremente, novelas más duras como *La familia de Pascual Duarte* o *El árbol de la ciencia*. Títulos que me interesaron mucho y me dejaron una huella profunda.

ahora estoy con uno de Simon Scarrow que se titula *A fuego y espada*, que relata la historia de Napoleón con el duque de Wellington.

Aprovecho mucho los viajes para leer. Y también los momentos en que estoy haciendo mi sesión matinal de cinta andadora, suelo caminar una hora u hora y media cada mañana. Uso audiolibros que están en el servicio bibliográfico de la ONCE, lo cual me permite leer mucho. En los dos últimos años habré leído unos 200 libros.

En mi adquisición del hábito de lectura influyó el ambiente que había en el colegio de la ONCE, cuando yo hacía bachillerato. La verdad es que yo fui un adolescente muy movido; me gustaba mucho jugar al fútbol con nuestro balón adaptado. Pero también había un grupo de compañeros a los que nos gustaba la lectura, y nos influíamos unos a otros. Después, lógicamente, durante la carrera tuve menos tiempo para leer ya que de-

“Desde siempre me gustó la lectura, y como empecé tarde, quise recuperar el tiempo perdido, con la dificultad lógica de que en mis años de juventud los libros disponibles para ciegos tanto en braille como en versión sonora eran muy pocos”.

Desde siempre me gustó la lectura, y como empecé tarde, quise recuperar el tiempo perdido, con la dificultad lógica de que en mis años de juventud los libros disponibles para ciegos tanto en braille como en versión sonora eran muy pocos. Los ciegos siempre tenemos algunas dificultades respecto a los videntes, aunque la cosa ahora haya cambiado y exista mayor disponibilidad, pero tenemos menor acceso.

Si, por ejemplo, voy a El Corte Inglés a comprarme un libro, una última novedad, tengo que mandarla grabar y eso supone una demora importante, aunque cada vez es menor. Sin embargo, ahora simultaneo mucho la lectura con mi puesta al día por razón de mi carrera profesional, es decir, los abogados, igual que los médicos debemos estar en permanente reciclaje y yo estudio mucho derecho, pero lo compatibilizo con lecturas diversas.

Los últimos libros que he leído son *El asedio*, de Pérez Reverte, *No me cogeréis vivo*, también del mismo autor, y uno de Julia Navarro, a la que conozco personalmente, titulado *Dime quién soy*; y también *El símbolo perdido*, de Dan Brown. Y

bía simultanear el trabajo por cuenta ajena con el estudio, y no me quedaban horas.

Empecé a ejercer con 23 años mi profesión; en esa época tampoco tenía mucho tiempo para leer, y no digamos cuando estuve dirigiendo la ONCE, entonces todas las horas eran pocas para atender a mis responsabilidades. Así que he vuelto a retomar la afición a la lectura cuando ya he tenido más disponibilidad.

También, en otro tiempo, he compartido muchas horas de lectura con mi mujer, que es una forma muy agradable de compartir cosas con una pareja ¿no?

Dentro de las muchas actividades que una pareja puede compartir, también está la lectura, los comentarios sobre lo que se está leyendo... Para mí ha sido una forma muy interesante de unirme a mi mujer, ya que ella me leía bastante.

Mi biblioteca personal tiene muchos libros. En mi casa, como tengo disponibilidad de espacio, tengo unos 7.000 volúmenes de los distintos géneros de la literatura, porque siempre me ha



gustado comprar muchos libros. Me considero muy bibliófilo. Además, tengo libros muy convencionales y muy variados, es decir, muchos volúmenes de derecho, de economía, y también de medicina, por la profesión de mi mujer.

Me gusta tocar las estanterías llenas de libros porque es una forma de sentirlos, y no sé qué ocurrirá dentro de unos años cuando los libros estén ya informatizados. Dicen algunos que desaparecerán los formatos actuales; yo espero que no porque el libro en papel sigue teniendo su encanto.

Disfruto mucho en mi biblioteca, que al mismo tiempo es fonoteca porque es donde está mi equipo de música, de muy alta fidelidad, y donde tengo también más de 5.000 discos.

Es mi reducto de ocio, de descanso, de desconexión. Yo no sé qué harán mis hijos con todo

eso; cuando ya sea mayor, si no les gusta y no lo quieren tener, lo legaré a la biblioteca pública o a algún lugar donde se pueda aprovechar. Pero sí es verdad que he gastado bastante dinero en libros porque me gusta pensar que contribuyo al sostenimiento de la cultura.

Los bibliotecarios son una especie que nunca debería extinguirse. Supongo que los cambios que han traído las nuevas tecnologías pueden influir en modificar el perfil tradicional, pero la biblioteconomía es una disciplina que avanza y los profesionales bibliotecarios no son dispensadores de libros, sino que también deben aconsejar, orientar, ayudar a que la gente lea aquello que le pueda servir o interesar.

Yo concibo al bibliotecario o la bibliotecaria como una figura activa que ayuda y comparte experiencias lectoras con los usuarios de a pie. ■